



CULTURA VOCACIONAL

Del DICCIONARIO DE LAPASTORAL VOCACIONAL

Juan E. Vecchi

Introducción; 1. Elaborar una cultura; 2. Una visión de la persona y de la vocación; 3. Valores vocacionales de la cultura; 4. La vocación en la cultura.

Introducción

En la pastoral vocacional se advierte a veces una sima entre iniciativa individual y mentalidad comunitaria, entre actividad y marcos de referencia, entre propuestas y ambiente. La razón de todo ello está en la falta de una cultura vocacional. A esta se ha referido Juan Pablo II en el *Mensaje para la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones* (8.9.1992).

Los pilares de una cultura vocacional deben ser: una visión de la persona que tenga la vocación como realidad central y una elaboración cultural que tenga en cuenta algunos valores que fundamentan una orientación vocacional en sintonía con las aspiraciones legítimas de la cultura en que van a vivir las vocaciones.

1. Elaborar una cultura

En los documentos y planes pastorales son frecuentes las referencias a la cultura. En ellos se habla a menudo de la necesidad de crear una mentalidad que sea el *humus* que posibilite el nacimiento y la acogida de las vocaciones. Todavía más a menudo se comparan los valores culturales corrientes con los que constituyen la base de las opciones vocacionales. Y con frecuencia, incluso las imágenes de las distintas vocaciones eclesiales (consagrados, sacerdotes, laicos) se contrastan con la sensibilidad y las expectativas de los diferentes contextos culturales.

Pero estas descripciones parciales no se reunían en una perspectiva única ni se consideraban claves para diseñar una pastoral vocacional, que se nutría básicamente de temas y motivos bíblicos y teológicos. En los tratados fundamentales de teología no se abordaba el tema de la vocación, por ejemplo, ni en teología moral ni en teología espiritual. De ahí que no se utilizara la expresión «cultura vocacional» o significaba el cuidado del desarrollo de la vocación en la persona individual.

El mensaje de Juan Pablo II para la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones (8.9.1992) centra su atención en esa expresión y le da una gran importancia. Pide que todos los que estén capacitados para ello se comprometan y contribuyan a definirla y profundizar en ella (cf. n. 3): «teólogos, empleados de los medios de comunicación, educadores, directores espirituales, consagrados y presbíteros» (n. 4).

Los sentidos de la expresión no saltan a primera vista. Los más generales tienen que ver con el término cultura como visión del mundo y de la vida compartida por un grupo humano.

Los que estudian el problema vocacional no tienen interés en abordar todos los interrogantes que la reflexión de la cultura plantea desde el punto de vista formal y material. Pero deben explicitar, en todo caso, cuáles son los

aspectos y significados que toma en consideración, porque de otro modo su discurso será vago y sin posibilidad de ulteriores profundizaciones.

La cultura es una realidad compleja que comprende todo lo que la persona hace y sueña buscando su realización individual y colectiva. Captarla adecuadamente supone aproximarse a ella de muy distintas maneras. Además, hablar excesiva o genéricamente de ella expone al término a un desgaste y a una ambigüedad casi inevitables.

En pastoral se acepta la definición descriptiva que da la *Gaudium et spes*: «Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales; pretende someter a su dominio, por el conocimiento, y el trabajo, el orbe mismo de la tierra; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, en sus obras expresa, comunica y conserva a lo largo de los siglos las grandes experiencias y aspiraciones espirituales para que sirvan de provecho a muchos, más aún, a todo el género humano» (n. 53).

Esta definición de cultura incluye elementos muy importantes para nuestro tema. Uno es el sentido antropológico, por el que en la cultura se incluye todo lo que contribuye a la mejora o a la calidad de la vida humana. Este sentido supone superar la visión «selectiva» e «intelectualista» que relacionaba la cultura sólo o principalmente con el desarrollo de las ciencias especulativas y, más tarde, con el progreso técnico.

Nos interesa también la doble dimensión, objetiva y subjetiva, de la cultura. La cultura abarca las representaciones de la realidad, los sistemas de significados y las distintas realizaciones encaminadas a transmitir esas representaciones y significados. Es, pues, un patrimonio humano que da a los grupos una fisonomía propia y que influye determinantemente en los miembros que los componen sobre todo mediante dos procesos: la socialización y la educación. Su fuerza configuradora está en el consenso del grupo y en que constituye un «sistema», una «estructura». Con el paso del tiempo, sus elementos se unen, apoyándose y justificándose mutuamente. Pero no son fijos ni coherentes lógicamente. Su estructura no es monolítica. En todas las culturas hay corrientes vivas, flujos en movimiento, elementos nuevos. Su evolución tiene que ver con la novedad y la dialéctica.

Esto nos lleva a considerar la dimensión «subjetiva» de la cultura, que es una prerrogativa constitutiva de la persona y a ella debe su origen. La persona se realiza interiorizando libremente su patrimonio cultural y el de otros grupos, y «cultivando» sus recursos e intuiciones. De este modo desarrolla una cultura personal que no depende por completo del contexto en que vive, sino que toma unas cosas y deja otras, corrige y modifica, refuerza o niega.

Para la cultura vocacional, como para la fe, es fundamental liberarse de una visión determinista de la relación entre cultura y persona. En ésta, los impulsos más profundos para la creación cultural son la experiencia espiritual, la búsqueda del sentido último, la emergencia de valores más altos, la necesidad de autotrascenderse. Esto es particularmente verdad cuando las personas y las culturas se confrontan con el Evangelio y con una vocación inspirada en él. Ambas cosas, Evangelio y vocación, tienen una originalidad no sólo respecto a la espontaneidad vital, sino también respecto a las corrientes culturales, y pueden insertarse en ellas modificándolas y reestructurándolas.

Conviene, pues, tomar del texto de la GS que hemos citado la dimensión valorativa y no sólo descriptiva de la cultura. Todas las culturas merecen respeto. Es imposible clasificarlas globalmente en buenas y malas. Pero hay ciertos parámetros que permiten valorar globalmente una cultura y sus realizaciones concretas. Pero esos parámetros no se reducen a constatar el nivel alcanzado por el pensamiento reflejo y el desarrollo económico, sino que contemplan también los valores morales y espirituales, que no son independientes pero que tampoco dependen de forma determinista de los primeros.

Las observaciones que acabamos de hacer se refieren a la cultura entendida como fenómeno total. Pero hoy se suele hablar de cultura refiriéndose a una actitud, a una realidad concreta o a una constelación de valores: cultura

de la paz, de la violencia, del ambiente, de la solidaridad y, en nuestro caso, de la vocación. Se llama así al esfuerzo que el hombre hace para desarrollar, dar consistencia y fundamento a un valor e insertarlo más establemente y con más influencia en la mentalidad y en la vida de la sociedad, haciendo que interactúe con los demás valores presentes en esa cultura.

En ese caso, la alusión a la cultura no es un lema baladí, porque indica que para que un valor arraigue no basta con que haya muchas iniciativas ni con que sean muchas las personas generosas e interesadas. A veces hay una sima entre los gestos de estas y la mentalidad colectiva, entre las iniciativas personales y las expresiones sociales, entre la praxis y sus fundamentos. En una Iglesia, por ejemplo, puede haber algunos individuos que trabajan vocacionalmente y, sin embargo, la cultura vocacional puede ser escasa o brillar por su ausencia. **La cultura tiene que ver, no con gestos individuales por numerosos que sean, sino con una mentalidad, con una actitud compartida por un grupo. Tiene que ver no sólo con intenciones o propósitos privados, sino con la utilización sistemática y racional de las energías que tiene la comunidad.**

Los contenidos de una cultura vocacional así entendida están relacionados con tres áreas: *antropológica, educativa y pastoral. La primera versa sobre el modo de concebir y presentar la persona humana y la vocación; la segunda trata de favorecer una propuesta de valores a tono con la vocación; y la tercera subraya la relación entre vocación y cultura objetiva y saca conclusiones para el trabajo vocacional.*

2. Una visión de la persona y de la vocación

En todas las intervenciones educativas y pastorales subyace una imagen de la persona, espontánea o refleja. El cristiano la va elaborando a lo largo de la vida tratando de captar racionalmente su sentido a la luz de la fe y según el principio de la circularidad. Los tres elementos que hemos enumerado son indispensables y están unidos entre sí. No hay que considerar la experiencia humana como un material pasivo e inerte. Su calidad es indispensable para recorrer un camino de crecimiento humano y de fe.

Profundizar espontánea o científicamente en ella no es ni un lujo ni algo opcional. No hay que entender la revelación como una superposición externa a la experiencia y a su comprensión humana, sino como un desvelamiento de su sentido más profundo y definitivo.

En esta línea parece ir el mensaje de Juan Pablo II que ya hemos citado: «Es preciso promover una cultura vocacional capaz de reconocer y acoger esa aspiración profunda del hombre que lo lleve a descubrir que sólo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida» (n. 2). Hay, pues, que superar un modo de pensar y de hablar que considera la vocación como un sobreañadido, como un estímulo sólo para algunos, como algo encaminado a reclutar gente para un determinado estado de vida, más que como una referencia sustancial a la realización de la persona.

La crisis de las vocaciones puede deberse al estilo de vida que ofrecen. Pero, pensando más a fondo, se debe a una visión de la existencia humana donde la dimensión de «llamada», es decir, de realizarse ante el otro y en diálogo con él, no sólo se excluye de hecho, sino que ni siquiera se puede insertar significativamente. Esto sucede en las antropologías que ponen la satisfacción de las necesidades del individuo por encima de todo, que proponen la autorrealización como meta única de la existencia o que entienden la libertad como pura autonomía.

Estas sensibilidades se han extendido mucho, son bastante atractivas y, aunque no se acepten en su totalidad, informan los mensajes de la comunicación e influyen en los planteamientos educativos.

Un primer cometido de la cultura vocacional consiste, pues, en elaborar y difundir una visión de la existencia humana, entendida como pregunta y respuesta, que derive de una reflexión antropológica seria. A dicha conclusión conducen la experiencia de la relación, la exigencia ética que de ella se sigue y los interrogantes de la existencia. Estas son, por consiguiente, las vías que es preciso andar para identificar algunos contenidos de la cultura vocacional que nos preocupa.

La persona aprehende su singularidad. Su existencia es exclusiva, cualitativamente distinta de las demás e irreducible al mundo. Es suya de verdad, pero tiene todas las características de un don, de algo que precede todo deseo y esfuerzo. Al mismo tiempo constata que es una serie de relaciones, no accesorias ni secundarias, y entre ellas la más evidente es la relación con las personas, que ocupa un puesto privilegiado.

Lo primero que percibe la persona no es su yo con sus potencialidades, sino la interdependencia con los demás, a los que hay que aceptar tal como son objetivamente y reconocer en su dignidad. Desde esta perspectiva, la responsabilidad se presenta como la capacidad de percibir señales que vienen de los demás y de responder a ellas. Es una llamada ética porque tiene sus exigencias. El ser humano se despierta a la existencia personal cuando deja de ver a los demás como medios de los que uno se puede servir.

La cultura vocacional debe evitar una visión subjetivista que convierte al individuo en centro y medida de sí mismo, que entiende la realización como defensa y promoción de sí mismo y no como apertura y donación. Y debe evitar también las concepciones que en la relación intersubjetiva se quedan en la mera complacencia sin advertir su carácter ético.

La relación y su componente ético orientan ya hacia lo trascendente, porque en ellos se ve algo de incondicional y de inmaterial. Efectivamente, los demás piden no sólo que se salga a su encuentro con objetos y estructuras o que se entable una relación con ellos a base de reflejos instintivos, sino que se acoja interiormente su existencia, que refleja el misterio de su persona, marcada por la libertad. Exige, pues, respeto, gratuidad, amor y promoción de valores morales y espirituales.

Pero la apelación a la trascendencia es más evidente cuando la persona es consciente de los interrogantes fundamentales de la existencia y capta su densidad real. Entonces aparece su apertura al más allá, apertura que ya se entrevé en sus realizaciones y en sus límites. Se da cuenta de que no puede quedarse en lo que puede percibir inmediatamente ni limitarse al hoy. Se siente impulsada a buscar el sentido de la vida y a proyectarse en la historia. Debe decidir su orientación a largo plazo, eligiendo entre distintas alternativas. No puede vivir dos veces, por eso no tiene más remedio que apostar. Y se juega la vida en el valor que prefiere y en las opciones que hace.

La cultura vocacional debe sensibilizar para escuchar esos interrogantes, preparar para profundizar en ellos y consolidar la orientación de la persona hacia un bien y hacia una verdad objetiva, en cuya acogida consiste su plenitud. Esto exige profundizar incluso filosóficamente en la vocación como una forma que tiene la persona de definir su existencia, entendida como don y llamada, movida por la responsabilidad y proyectada con libertad. Pero el mensaje de Juan Pablo II se dirige «a los teólogos para que esa cultura tenga un sólido fundamento teológico» (n. 4). A la teología, que es una ciencia de la revelación y de la fe, no se le pide que suministre todo el material de la cultura vocacional, sino que se preocupe sobre todo de su fundamento y de su fuente, es decir, de iluminar la relación definitiva entre vocación y salvación.

El filón más fecundo para descubrir ese fundamento es la Escritura, léida, no de forma anecdótica, sino como desvelamiento del sentido de la vida humana. En la Escritura, el ser y las relaciones constitutivas de la persona se definen por su condición de criatura, que no significa inferioridad o dependencia, sino amor gratuito y creativo de parte de Dios.

Toda la historia de la elección del pueblo de Dios y de las vocaciones individuales se presenta como iniciativa de amor de Dios, como postura de la persona ante él, como vivir la existencia como una invitación y una respuesta, como una llamada escuchada.

La categoría de criatura tiene que ver, pues, con la de interlocutor de Dios. El ser humano escucha su voz en la conciencia y a través de las mediaciones que interpelan a su responsabilidad (el mundo, los demás) y ponen a prueba su libertad. El don de la vida contiene un proyecto que se va desvelando en diálogo consigo mismo, con

la historia y con Dios, y demanda una respuesta personal. Esto define cómo se sitúa el ser humano respecto al mundo y a todos los seres que lo componen. Estos no pueden colmar sus deseos y, por tanto, el hombre no está sometido a ellos.

El núcleo de esta estructura de la vida es la alianza entre Dios y el pueblo, que consiste en una elección gratuita por parte de Dios. El hombre debe ser consciente de ella y asumirla como proyecto de vida, guiado por la Palabra que lo interpela y le obliga a elegir.

La verdad de la persona, que la razón capta vagamente y que desvela la Biblia, encuentra en Cristo todo su esplendor. Él, con sus palabras, pero sobre todo con la fuerza de su existencia humano-divina en la que se manifiesta su conciencia de Hijo de Dios, hace que la persona se comprenda a sí misma y comprenda también su destino. En él se nos ha hecho hijos y como tales se nos ha llamado en la historia. Es un acontecimiento-don, cuyo sentido ha de penetrar poco a poco el hombre y lo debe asumir como proyecto de vida, dirigido por la gracia.

La vocación cristiana no es un complemento de lujo, algo que contribuye desde fuera a realizar a la persona. Es pura y simplemente su realización, la condición indispensable para su autenticidad y su plenitud, la satisfacción de sus exigencias más radicales, es decir, de las exigencias que conforman esencialmente su condición de criatura.

Del mismo modo, insertarse en la dinámica del Reino, a lo que Jesús invita a sus discípulos, es la única forma de vivir que responde al destino de la persona en este mundo y más allá de él.

Toda la vida es, pues, don, llamada y proyecto. «La vocación del hombre recibe su sentido y orientación de la lectura de lo que es el hombre, partiendo de su realidad humana y proyectándose más profundamente en la recepción del misterio cristiano. El hombre es ontológicamente persona, pero es llamado al mismo tiempo a ser persona a todos los efectos, desarrollando todo lo que está inscrito en su naturaleza. Es decir, está llamado a construir su personalidad mediante un proceso histórico que lo lleva a asumir lo que ya le ha sido dado originariamente» (Piana, 1992, 1278).

La concentración antropológica que caracteriza a la pastoral actual postula que la vocación y todo lo que se elabora en torno a ella no sea algo meramente operativo, ocasional y externo al sentido de la existencia, sino que se inserte en el corazón de sus exigencias de realización, en la responsabilidad y en la libertad que le son propias. Tomar todo esto como base e inspiración de la acción, difundirlo de modo que llegue a ser la mentalidad de la comunidad cristiana y sobre todo de los agentes vocacionales con las consiguientes consecuencias educativas y prácticas, constituye la «cultura» que tanto necesita la pastoral.

3. Valores vocacionales de la cultura

Basándonos en las reflexiones anteriores, hay una serie de referencias que parecen necesarias para elaborar una cultura coherente con el discurso vocacional. Referencias que hay que considerar cuando se intenta transmitir a los demás un patrimonio ya adquirido de significados y valores, cuando se trata de formar la mentalidad comunitaria y cuando se procura afrontar con nuevas expresiones culturales los retos nuevos e inéditos.

Las «actitudes de fondo que dan vida [...] a una cultura vocacional son: la formación de la conciencia, la sensibilidad a los valores morales y espirituales, la promoción y defensa de los ideales de fraternidad humana, del carácter sagrado de la vida, de la solidaridad civil y del orden social» (Juan Pablo II, *Mensaje para la XXX Jornada mundial de oración por las vocaciones*, n. 2). Subrayamos cinco:

a) *Búsqueda de sentido*. El sentido es la percepción del fundamento de los valores, la comprensión de las finalidades inmediatas, medias y sobre todo últimas de los acontecimientos y de las cosas, la intuición de la relación que la realidad y los acontecimientos establecen con la persona y con su bien. Madurar el sentido supone ejercitar la razón, esforzarse por explorar y adoptar una actitud de contemplación e interioridad. Se va descubriendo en distintos ámbitos: en la propia experiencia, en la historia y en la palabra de Dios. Todo eso desemboca en la adquisición de una sabiduría personal y trinitaria que se manifiesta en la esperanza y en la confianza ante la vida.

El sentido puede tardar mucho en madurar. Lo importante es no renunciar ni cerrarse a la posibilidad de nuevos y más ricos descubrimientos.

En la cultura contemporánea hay una serie de corrientes que desconocen, cuando no niegan, todo sentido que trascienda la experiencia inmediata y subjetiva. Esto comporta una visión fragmentada de la realidad, que incapacita a la persona para dominar los innumerables hechos de la vida diaria y le impiden trascender lo puramente epidérmico o sensacional.

La madurez cultural supone una síntesis, un marco de referencia que supera los conocimientos aislados, para lograr orientarse y no ser esclavos de los hechos.

El ser humano «está condenado al significado». La calidad de la vida es menor cuando no se apoya en una determinada visión del mundo. Y con la disminución de la calidad disminuyen también las razones para ponerla al servicio de las causas más nobles.

b) *Sentido de la trascendencia.* Sentido del más allá del hombre, de la aceptación del límite, de la acogida del misterio, de la experiencia de lo sagrado en sus aspectos subjetivos y objetivos, de la reflexión y de la opción religiosa. Es un horizonte que aparece en todas las actividades de la persona, hasta convertirse en una dimensión constitutiva de la misma, en el ejercicio de su inteligencia, en la tensión de su voluntad, en los anhelos de su corazón, en la dinámica de sus relaciones, en la realización de sus empresas.

La existencia humana está abierta al infinito y así es la percepción que se tiene de la realidad. Hoy existen planteamientos culturales que, consciente o inconscientemente, llevan a encerrarse en los horizontes «racionales» y temporales que inhabilitan para entender la propia vida como misterio y como don.

Considerar la trascendencia significa aceptar los interrogantes, trascender lo visible y lo racional. Las experiencias, las necesidades, las percepciones inmediatas pueden constituir puntos de partida hacia valores, exigencias y otras verdades más exigentes que no se ven como negación de las propias pulsiones, sino como liberación y realización de las mismas.

c) *Cultura «ética».* Es preciso elaborar una cultura ética capaz de evaluar las realizaciones actuales y posibles sobre el principio del bien y del mal, iluminada por la conciencia moral y centrada en los valores más que en los medios, que otorgue el primado a la persona.

La cultura implica siempre un impulso ético y es en sí misma un valor moral porque persigue la calidad humana del individuo y de la comunidad. Pero en ella se reflejan las limitaciones del ser humano. De hecho, algunas de sus tendencias y realizaciones, cuando no íntegramente algunos de sus sistemas, adolecen de cierta ambigüedad moral. Y ello en dos dimensiones, subjetiva y objetiva.

El tema es realmente grave cuando en el propio dinamismo de elaboración de la cultura desaparece el criterio ético o se subordina a otros. Porque entonces deja de incidir la referencia al bien y al mal, y prevalecen otras razones como la utilidad, el placer o el poder.

El lenguaje ha acuñado últimamente una serie de expresiones contrapuestas que muestran bien a las claras la primacía o la ausencia de una referencia ética válida en la evolución de la cultura: cultura del ser y del tener, de la vida y de la muerte, de la persona y de las cosas. Desarrollar la cultura significa no sólo hacerla crecer a secas, sino confrontar sus concepciones y realizaciones con la conciencia iluminada por la fe para purificarla y rescatarla de la ambigüedad y encaminarla hacia los valores.

d) *Capacidad de proyectar.* Es otra característica de la cultura personal y de la cultura a socializar relacionada con el tema vocacional, La apatía hacia el sentido se convierte a menudo en indiferencia hacia el futuro. Si no se

tiene una visión de la historia, no habrá metas por las que apetezca comprometerse, a excepción de aquellas relativas al bienestar individual.

Las ideologías, con su vertiente utópica, impulsaron anteriormente a hacer proyectos sociales, y éstos hicieron que la gente estuviera más dispuesta a implicarse en un proyecto histórico. Hoy puede estar produciéndose una como contracción del futuro a la vez que una dilatación del presente, lo cual lleva a una cultura de lo inmediato. Los proyectos duran poco y se realizan en los reducidos espacios de la experiencia individual. Las mismas iniciativas de bien se pueden quedar en tratar de corregir algo, en intentar autorrealizarse subjetivamente, en un entusiasmo efímero.

Proyectar significa organizar los recursos y el tiempo de que se dispone de cara a los grandes urgencias de la historia y a los interrogantes de las comunidades para conseguir metas ideales dignas de la humanidad. Esto requiere conciencia crítica para defenderse de los imperativos aparentes, capacidad de discernimiento para desenmascarar ciertas presiones psicológicas y generosidad para r-basar los horizontes inmediatos.

e) *Cultura de la solidaridad.* Hay que promover la cultura de la solidaridad frente a la que lleva a centrarse en el individuo. Sólo pueden surgir proyectos generosos donde la persona admite que su realización va unida a la de sus semejantes.

La solidaridad es una aspiración que brota de la profundidad de la conciencia, del corazón de los acontecimientos históricos y se manifiesta de forma inédita y casi inesperada. Se presenta como respuesta a macrofenómenos preocupantes como el subdesarrollo, el hambre o la explotación. Inspira iniciativas ejemplares como los programas de ayuda, el voluntariado y los movimientos de opinión, que van modificando las relaciones entre persona y sociedad, entornos cercanos y mundos lejanos. Por consiguiente, la solidaridad despierta el espíritu de servicio y conduce a él. Pero hay también una serie de corrientes económicas y políticas que la olvidan y le quitan motivación.

La solidaridad supone una idea del mundo y de la persona que cree que la interdependencia es la clave para interpretar los fenómenos positivos y negativos de la humanidad. Nadie, aisladamente considerado, puede ofrecer una explicación exhaustiva o una solución razonable. Pobreza y riqueza, desnutrición y derroche son fenómenos correlativos. Entre ellos está no sólo la ternura y la compasión, sino también la responsabilidad humana. No hay que ver a la persona como un ser que primero se constituye en sí mismo y sólo luego se orienta hacia los demás. Porque la persona sólo logra ser ella misma cuando asume solidariamente el destino de sus semejantes.

Hay que extender, pues, la solidaridad a las actitudes y a las estructuras, a la esfera pública y a la privada, y hay que aplicarla al ámbito familiar, nacional e internacional. Conviene que cada uno se sienta partícipe de la promoción doméstica, pero también de los acontecimientos del mundo.

Los creyentes encuentran motivos, modelos e impulsos para ser solidarios en la contemplación del misterio de Dios y en la experiencia religiosa que marca profundamente su existencia. Confiesan con su mente y con sus obras que Dios comparte con el hombre el señorío sobre el mundo, que ha establecido una comunión con él por encima de la mera dependencia, y que le ha hecho responsable al convertirlo en colaborador suyo.

Los creyentes ven en el amor la única fuerza capaz de construir la historia y lo muestran en el reconocimiento de la dignidad de los demás, en el hecho de compartir los bienes, en la donación total de sí mismos, en el compromiso de crear las condiciones que permitan a todos y cada uno realizar su humanidad.

4. La vocación en la cultura

La vocación inyecta en la cultura energías nuevas, expresando simbólicamente y realmente los valores de los que ha surgido y que la sostienen. Que una cultura acepte la aportación original de las vocaciones cristianas depende de sus características, pero también de lo significativas que sean esas vocaciones. Porque son signos visibles de realidades misteriosas y participan de la naturaleza sacramental de la Iglesia y de la encarnación. Los valores y

los significados objetivos que comportan son, pues, importantes, pero también lo es la expresión eficaz de esos valores y significados.

La personalidad y las acciones de Cristo nos muestran quién es Dios para el hombre: el amor que trae la liberación, la salvación en el tiempo y en la eternidad. Sabemos esto porque su palabra y sus gestos salvíficos tienen significación humana y densidad histórica. Jesús cura las enfermedades, libera de los demonios, defiende frente a las dependencias esclavizantes, incluso religiosas, ilumina la mente, proclama que la persona está por encima del sábado, acoge en su círculo a las mujeres y perdona los pecados.

El nexo entre lo que se percibe físicamente y el mensaje o significado ulterior que se quiere comunicar suscita la fe y la exige. Pero, aunque la fe no surgiese, el signo tiene una dignidad que la razón y la buena voluntad pueden apreciar.

Del mismo modo, las vocaciones cristianas son significativas en la cultura y arraigan en ella cuando responden a expectativas profundas y a aspiraciones legítimas.

a) Una de estas aspiraciones es la *calidad de la vida personal*. Las vocaciones no son impactantes si no logran ser el cumplimiento de la plenitud que legítimamente anhela la persona.

Esto tiene que ver con la razón profunda que mueve a la cultura, es decir, con la búsqueda de formas más dignas de vida. Pertenece, además, a la naturaleza de la vocación: Dios llama a un encuentro pleno con él y a una experiencia de amor que llena de alegría a la persona.

La realización no tiene que ver principalmente con la satisfacción subjetiva, sino con la calidad objetiva de la donación, que tiene que acontecer en espacios significativos y debe ir acompañada por una serie de relaciones enriquecedoras, desde una profesionalidad necesaria y una corresponsabilidad adulta.

La prueba de esta afirmación la encontramos donde la vocación supone una promoción, en las dificultades con que se encuentra la vocación femenina donde la mujer ya se ha promocionado y aparece una conciencia nueva y nuevas expectativas, en la disminución del número de hermanos legos en las congregaciones clericales y en un cierto estancamiento de las vocaciones contemplativas y misioneras.

El deseo de realizarse tiene, pues, que ver más con el ser y el «vivir» que con la «función». Esto se relaciona con la importancia que hoy se da a la esfera personal y con el carácter secundario que se otorga al trabajo.

b) Otra aspiración es la *búsqueda de la dimensión espiritual*. Esta aspiración es connatural a la persona y se manifiesta actualmente en el deseo bastante extendido de valores no materiales, en la reaparición de los interrogantes religiosos. Se entiende como apertura a horizontes, motivaciones y realidades nuevas capaces de dar otro aire a la vida y unidad a la persona. Se buscan sus huellas en las propias tradiciones culturales, se valoran los lugares (por ejemplo, los monasterios) y las expresiones que la transmiten. Pero también se difunden propuestas exóticas. Para los cristianos es una toma de conciencia de la vida en el Espíritu que comporta la fe.

La apelación a la espiritualidad es el motor de la estrategia vocacional, la fuerza de identificación con distintos modelos. Por eso hoy se subrayan los rasgos originales de las diversas experiencias espirituales. Se invita a los jóvenes a gustarlas y a entrar en su dinámica. La experiencia espiritual exige testimonios de quien la posee, implicación y percepción directa de los que se disponen a tenerla. Este encuentro ilumina, descubre cosas nuevas, motivaciones y energías para construir la propia existencia. Ésta puede ser la aportación original de la vocación a la cultura.

c) Una tercera aspiración cultural con la que la vocación debe compaginarse es la *responsabilidad con la historia*. Tiene que ver con el significado secular no sólo de un eventual servicio suyo de promoción, sino también de su testimonio de valores y de su mensaje de trascendencia. La consideración intraeclesial de las vocaciones es, pues,

menos relevante que su significado para el mundo. Es una consecuencia del peso que ha logrado, en la reflexión eclesial, la misión hacia el mundo, y corresponde también a las características del momento histórico que nos toca vivir.

Los graves problemas que hay en relación con la dignidad de la persona hacen que se valore menos la figura del «buen levita» al que se confían tareas religiosas internas, y mucho más la del buen samaritano que acude, se para, comparte, abre nuevas perspectivas e infunde esperanza.

Las cuestiones que, en el ámbito secular, constituyen hoy un reto a la responsabilidad cristiana son las siguientes: promover la libertad de la persona, venerar el derecho inviolable a la vida, preservar la libertad (¡civil!) de invocar el nombre del Señor, comprometerse con la estabilidad y dignidad de la familia, mantener la solidaridad, hacer que la persona sea el centro de la vida económica y social (cf. ChL 36-44).

Esta expectativa, unida a la realización humana a la que ya nos hemos referido, explica lo difícil que les resulta a los jóvenes ver que el alejamiento del mundo es la situación ideal para entregarse. Y también explica el nacimiento de los institutos seculares, de los movimientos apostólicos y de no pocas manifestaciones vocacionales que no acaban de cuajar en proyectos definitivos de vida.

La vocación debe llevar hoy a implicarse y no a desentenderse de la historia de las personas. Vale en cuanto fermenta; se enraíza en la cultura en cuanto transforma algunas situaciones.

d) Una cuarta aspiración a la que tienen que responder las vocaciones es el *deseo de unidad y reconciliación* que existe en los distintos ámbitos humanos, que se advierte en todas partes y que está en peligro a causa de los particularismos, las contraposiciones étnicas y las nuevas polarizaciones sociales y políticas. Además, no son pocos los sitios donde coexisten varias religiones, profundamente inculturadas, que son conscientes de su consistencia numérica y de su riqueza espiritual. Según los casos y los tiempos, coexisten pacíficamente, se respetan, dialogan, polemizan, etc.

A los «llamados» les corresponde recoger y valorar los fragmentos de verdad y de bien. Se espera que afronten las distintas pluralidades que operan en la cultura y en la sociedad, si no para unificarlas, al menos para hacer que convivan y para ayudarlas a complementarse.

Toda vocación fomenta la comunión en la comunidad cristiana. El hecho de hacerla «universal» desde el punto de vista étnico y social, abierta al mundo cercano y lejano, se acerca ya a las aspiraciones que hemos enumerado. Pero las expectativas de unión afecta también a otros ámbitos: el de las distintas confesiones cristianas, el más amplio de la experiencia religiosa y el más amplio aún de la convivencia humana. En un tiempo de tantas heridas es importante compaginar las tensiones, unir las personas y reconducir las diferencias a la unidad del fundamento humano.

Del cristiano, del sacerdote, del religioso y de la religiosa se espera que sepan «mediar» entre las diferencias étnicas, sociales y religiosas recuperando todo lo valioso que hay en ellas y, sobre todo, valorando a las personas que dan auténtico testimonio de ellas.

e) Finalmente, del testimonio vital de las vocaciones cristianas, de las obras que llevan a cabo, de los valores en que ponen su esperanza, de las verdades que proclaman, la cultura espera siempre *novedades fecundas*, cambios hacia adelante.

No se trata de utopías temporales, no realizadas por las ideologías, en las que se incluiría la presencia «cristiana». Pero si se esperan nuevas perspectivas de los estímulos unidos a la radicalidad de las vocaciones, el desvelamiento de otras posibilidades de vida en un mundo donde predominan los intereses materiales, la prueba de la eficacia del amor, el anuncio eficaz del proyecto de Dios sobre la humanidad.

La comunidad cristiana es el primer sitio donde se manifiesta esta profecía, novedad o radicalidad. La comunidad cristiana tiene siempre la tentación de acomodarse y uniformarse con el mundo sobre todo cuando éste parece protegerla o garantizarla cuando está dispuesto a insertarla como una función en su «sistema». En ese caso puede perder el sentido de su «diferencia» y fijarse en los ritos, instituciones y organizaciones, y olvidar su dimensión profética, de contestación y de alternativa. La vocación tiene siempre un carácter de despertador, de reto al éxodo y de invitación a ir más allá. Se ve en la historia de los nuevos movimientos: es la «rebelión evangélica», ese fenómeno por el cual una comunidad necesita e interioriza el momento de negación y contestación, de superación del presente. Pero también está el espacio del mundo donde se aplica la ley de la masa y de la levadura, de la sal y de la luz. El que piensa en una vocación espera que le lleve a metas más altas de humanidad.